

# La fraternidad. Un sueño y una pasión compartida.

Alberto Toutin ssc  
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 148 – 2 de noviembre 2020



El Papa Francisco junto al monumento a los migrantes en la Plaza de San Pedro (Roma).

**Q**ueridos hermanos:

El pasado 3 de octubre de este año, en la víspera de la fiesta de san Francisco de Asís, el papa Francisco dio a conocer la encíclica *Fratelli tutti* (FT en adelante) sobre la fraternidad y la amistad social. En ella, el papa Francisco expresa un sueño, una visión orientadora:

“Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma carne humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos” (FT, 8).

A este sueño el papa Francisco desea asociar a todo hombre, mujer, creyente o no, todos amados de Dios. Para que ese sueño se haga posible, en realizaciones graduales, se requiere una pasión compartida. Su ambición es enorme. Se trata ni más ni menos de “recuperar la pasión compartida por una comunidad de pertenencia y de solidaridad” (FT, 36).

Es un texto inspirador, crítico y estimulante no solo para la vida cristiana que tiene como uno de sus mayores signos de atracción y de visibilidad la fraternidad, sino también para la vida política que en ella se funda y aspira a una amistad social entre todos los seres humano. La fraternidad cristiana abraza así los anhelos más profundos de la amistad social, que incluyen también una atención a la hermana-madre tierra y al cuidado de la casa común que nos cobija.

Quiero compartir con ustedes un capítulo de esta encíclica que me llamó especialmente la atención. El capítulo VII *Caminos de reencuentro*. En este capítulo, el papa busca hacerse cargo

del hecho de que el anhelo de fraternidad y de amistad social que puede estar inscrito en el corazón de los hombres y mujeres y en la creación, encuentra en ese mismo corazón obstáculos y resistencias que rompen la fraternidad e hieren a los hermanos y hermanas. Se trata entonces de ayudar a vencer esas resistencias y a sanar las heridas. Los caminos de encuentro de la fraternidad y de la amistad social son, en definitiva, caminos de reparación. Nuestra Congregación no solo no puede permanecer indiferente a esa dimensión reparadora, sino que, además, desde nuestra espiritualidad, podemos contribuir a testimoniarla. Ese capítulo comienza con una frase que contiene ya todo un programa:

“En muchos lugares del mundo hacen falta caminos de paz que lleven a cicatrizar las heridas, se necesitan artesanos de paz dispuestos a generar procesos de sanación y de reencuentro con ingenio y audacia” (FT, 225).

Durante este tiempo de pandemia, hemos experimentado que el miedo se hace más grande en la medida en que personas de nuestro círculo más estrecho se han contaminado con el virus. Miedo que es una reacción normal de un cuerpo individual o social que siente su vida amenazada. Y más profundamente, el miedo no hace ver que la vida de los otros (ceranos y lejanos) y de nuestro planeta, está también amenazada. Esa conmoción profunda nos hace constatar la importancia de los vínculos de afecto, de proximidad, de estima, de servicio. Cuanto más si las medidas sanitarias -por el cuidado de los otros también- han impuesto la distancia física, el confinamiento en casa, o en un cuarto, la restricción, incluso su prohibición de encuentros y vistas (en hospitales y cárceles, por ejemplo). La distancia física o el aislamiento ha visibilizado entonces cuán importantes son estos vínculos para vivir y su buena salud depende también de heridas que sanar.

Por otra parte, el cristianismo tiene su visibilidad más atractiva en la calidad de los vínculos que la fe compartida en Jesús es capaz de crear entre los creyentes y con la humanidad. Es la comunidad de los discípulos que Jesús llama la que hace visible y atractivo el Reino de Dios que está anunciando. Las primeras comunidades cristianas supieron dar una forma comunitaria a la nueva presencia de Jesús resucitado. La vida cristiana y la vida religiosa en ella no es sino “una forma de vida con sabor a evangelio” (FT, 1). Las personas con las que caminamos, con su sentido infalible de la fe, reconocen la veracidad de nuestra predicación, de nuestros votos, de los proyectos pastorales y misioneros, precisamente en la calidad de vida fraterna que vivimos entre nosotros y con ellos. Y ello nos ayuda a dimensionar el daño que se produce cuando, por ejemplo, hablamos mal de los hermanos o hermanas con los que vivimos, o una fría indiferencia nos aleja de ellos. Más doloroso es reconocer que esta fraternidad ha sido traicionada por el abuso de poder, de conciencia y sexual que algunos miembros de la Iglesia y también de nuestra Congregación han cometido contra otras personas, especialmente menores y personas vulnerables.

Para poder ayudar a reparar estas heridas y reencontrar el gusto de la fraternidad, el papa Francisco propone algunos caminos.

### **Recomenzar desde la verdad**

Quienes hoy, siendo hermanos, hermanas, a nivel de nuestra Congregación, de la Iglesia o de la sociedad, se encuentran dañados o enfrentados, están llamados a hacer el paciente camino por

establecer la verdad. Una verdad, que cierto, está en cada uno, pero que está también delante de nosotros, que hay que buscar, pues nadie es detentor de ella. Para encaminarse a la misma, el papa invita primero a cultivar la "memoria penitencial": "capaz de asumir el pasado para liberar el futuro de las propias insatisfacciones, confusiones o proyecciones. Solo desde la verdad histórica de los hechos podrán hacer el esfuerzo perseverante y largo de comprenderse mutuamente y de intentar una nueva síntesis para el bien de todos" (FT, 226).

Incluso para quien se siente dañado o perjudicado, necesita recorrer pacientemente ese camino de memoria, para no quedar encerrado en una herida del pasado, que hipoteca nuestra libertad para el futuro. No basta como motivación hacer valer "mi" verdad, por dolorosa que sea, como "la" verdad que se impone. Esa verdad podrá ser establecida si acepto buscarla con otros, teniendo como horizonte la apuesta por la comprensión mutua y el bien de todos, no solo el mío.

Parte de ese trabajo sobre sí mismo por abrirse a la verdad es desterrar el odio que se anida en nuestro corazón. Se trata de desterrar de nuestro corazón el rencor, la sed de autoafirmación vengativa que, en último término, elimina al otro. En el fondo, se trata de sanar "ese pedazo de guerra" (FT 243) que cada uno lleva dentro. El punto no es que no haya tensiones, conflictos, peleas entre hermanos. Todo ello son signos de vitalidad de un grupo. Pero se pueden volver raíz de muerte propia y del hermano, cuando ya no veo al otro sino por la herida, me encierro en ella y no acepto la ayuda genuina de los demás. ¡Qué descorazonador es para nuestros hermanos en formación o, a veces, para nuestros parroquianos cuando hablamos mal y con agresividad y violencia contra de los hermanos!

### **Abierto a la promesa del otro**

Luego esta búsqueda de la verdad comporta una promesa y está animada por una esperanza. Es reconocer al otro, incluso quien creo que me causó un daño, la posibilidad de ofrecerme algo que ayude a recomponer la verdad, clara y dura, que se ha trizado: "El camino hacia una mejor convivencia implica siempre reconocer la posibilidad de que el otro aporte una perspectiva legítima, al menos en parte, algo que pueda ser rescatado, aun cuando se haya equivocado o haya actuado mal" (FT,228).

Si el otro es solo un adversario, un abusador, un enemigo, o tengo una idea o un prejuicio ya hecho de una vez para siempre del otro, le niego no solo la posibilidad de que me entregue lo que nos puede ayudar a rehacer la verdad sino, sobre todo, le cierro la puerta a que él siga siendo, a pesar de todo, mi hermano y mi hermana. ¡Qué triste es ver hermanos que no se hablan y que incluso viven en la misma casa! ¡Qué fracaso de la fraternidad cuando el prejuicio que tengo de un hermano se ha vuelto un juicio, inapelable y descalificador!

### **¿En familia?**

La fraternidad dañada es la cara dolorosa del hecho que somos miembros los unos de los otros, por la fe compartida, por los votos religiosos, por la convivencia cotidiana. Los conflictos o heridas que pesan en nuestra fraternidad, no son un motivo para desentendernos de los hermanos. Es con ellos, que buscamos juntos el modo de sanar las heridas. Necesitamos entonces

en los momentos de dificultad y de conflictos, cultivar la memoria agradecida de la fraternidad, que lo que somos hoy, es en gran medida, porque nuestros hermanos nos han hecho confianza, nos han dado oportunidades de crecer y de formarnos, nos han sostenido, nos han perdonado y "aguantado". Necesitamos entonces crecer en ese "sentimiento básico de pertenencia" (FT, 230). En nuestra Congregación reconocemos como un rasgo distintivo el espíritu de familia, el que desde el inicio nos ha hecho sentirnos en casa. Fraternidad de la que somos los primeros en agradecer el día de nuestra profesión u ordenación. Es este espíritu de familia, una fraternidad simple, que agradecen también las personas con las que caminamos en la pastoral. Pero precisamente cuando hay conflicto entre los hermanos, allí donde la familia entera se siente afectada ¡qué difícil es que podamos seguir creyendo en ella y, con simplicidad de corazón, pidamos a los hermanos que nos ayuden a superar estos conflictos! ¡Qué difícil es que surjan en esos momentos hermanos-padres -o madres- entre nosotros a los que les duele que los hermanos no se quieran, que acudan en su ayuda, con ánimo de restablecer la fraternidad y no de ahondar divisiones!

### Con sentido de perdón

El perdón dado y recibido entre hermanos es lo que permite que la fraternidad supere los conflictos. Cierto, el perdón no se puede imponer, pero sí se puede ambicionar. Es la ambición de Jesús, al decir que, al hermano, que nos haya ofendido, hay que perdonarlo hasta 70 veces 7. Una tal ambición alimenta el largo camino de los artesanos de la paz y reparadores de la fraternidad. Eso supone que, en algún momento de nuestra propia vida, hemos experimentado el perdón de Dios que está indisolublemente mediado por nuestros hermanos y hermanas. ¡Qué difícil perdonar si no hay en nuestra memoria agradecida el perdón dado y recibido de Dios a través de los hermanos y hermanas!

Luego, el sentido del perdón no es un olvido de lo que pasó o desconocimiento del daño recibido o causado. Se trata de ser capaz de percibir, siempre con ayuda de los otros, mis hermanos, y de reconocer el daño que he sufrido o el daño que he causado. Este ejercicio del reconocimiento del daño que, por ejemplo, hermanos nuestros y como Congregación hemos causado en personas víctimas de abuso es esencial para el trabajo de verdad, y reparación que nos volverá a hacer mediadores creíbles del Evangelio. Y luego, en el amar al hermano, incluso en el que nos haya herido, es comprometerse con inteligencia y caridad con él para que no siga haciendo daño. Hablando del opresor, que también se puede decir del abusador, el papa Francisco recuerda que: "Amarlo bien es buscar de distintas maneras que deje de oprimir, es quitarle el poder que no sabe utilizar y que lo desfigura como ser humano" (FT, 241). En otras palabras, es hacer lo posible por desarmar al violento, al opresor, al abusador lo que exige el compromiso de toda la comunidad religiosa o eclesial, pues es toda ella la que sufre con las heridas o las rupturas de la fraternidad que causan estos hechos.

El rostro más hermoso de la fraternidad no es el de la comunidad en donde no hay conflictos o tensiones o heridas entre los hermanos. Es más bien allí donde hay hermanos que aceptan hacer el largo camino de la reparación, que busca establecer la verdad, libre de rencores, deseosa de justicia, abierta a la mirada benevolente de los otros, humilde para reconocer el daño que han causado a otros, sin renunciar a la ambición del perdón. Ese rostro hermoso de la fraternidad brilla en las personas que han sido incluso capaces de perdonar a sus

torturadores o sus abusadores. Es la grandeza de los que han dejado que el Dios artesano de la paz y que sabe de qué estamos plasmados (Sal 103, 14), con la ayuda de la comunidad, sane las heridas, desarme la venganza fratricida. Son estos los que se hacen capaces recibir y ofrecer el perdón. Ofrecimiento fuerte y humilde al torturador, al enemigo, al abusador, para que, a su vez, en el camino tal vez largo que recorrerá para reconocer el daño causado, se perdone e incluso pida perdón, no se olvide que, es y sigue siendo, un hermano, nuestro hermano.

Fraternalmente,

**Alberto Toutin ssc**  
*Superior General*